

Alvaro Quesada Soto.
Universidad de Costa Rica.

GAGINI Y RODO.
IDEALISMO, POSITIVISMO, IMPERIALISMO

LETRAS 15-16-17 (1987)

Casi todos los estudiosos de la literatura costarricense de principios de siglo han hecho alguna desconcertada referencia a un asunto aparentemente extraño: la influencia del “idealismo arielista” de Rodó, sobre el “materialista y positivista” Carlos Gagini, en sus novelas “nacionalistas y antiimperialistas” (1). Todos, sin embargo se han limitado a señalar esa influencia; nadie (que sepamos nosotros) se ha preocupado por dilucidar esa aparente contradicción. La coincidencia entre Gagini y Rodó es, a nuestro juicio, perfectamente comprensible si nos olvidamos de la oposición entre las etiquetas de “idealista”, “materialista” o “positivista”; y si examinamos más de cerca el producto mismo, al que se han adherido esas etiquetas: los textos de ambos autores, y la experiencia histórica que determinó su escritura. Veríamos entonces que ni el idealismo de Rodó estaba tan alejado de la realidad material, como se expresa claramente en varios pasajes de *Ariel* (2); ni el positivismo de Gagini estuvo nunca alejado de un cierto idealismo humanista y romántico. Este último aspecto, como trataremos de demostrar, es una característica típica de toda su obra literaria y de su pensamiento, y no un rasgo esporádico de sus novelas antiimperialistas.

1. Uno de los pocos críticos que asignó especial significado a la producción li-

-
- 1) Ver, por ejemplo, las afirmaciones de Abelardo Bonilla: “Materialista y positivista, no admitía otros conocimientos que los de la razón y la experiencia . . . A pesar de su mentalidad fría y académica, sintió la influencia del *Ariel* de José Enrique Rodó, que por aquellos años y coincidiendo con el crecimiento de los Estados Unidos, entusiasmaba a muchos escritores idealistas de la América Española” (Bonilla, p. 136). Ver también: Ureña, p. 17.
- 2) “Sin la conquista de cierto bienestar material es imposible en las sociedades humanas, el reino del espíritu (. . .) En lo remoto del pasado, los efectos de la prosaica e interesada actividad del mercader que por primera vez pone en relación a un pueblo con otros, tienen un incalculable alcance idealizador (. . .) La historia muestra en definitiva una inducción recíproca entre los progresos de la actividad utilitaria y la ideal” (Rodó (1) p. 119-120).

tería de Gagini, Jorge Valdeperas, señaló también los factores que a su juicio daban especial importancia a esa obra: la obra de Gagini representa una de las más significativas expresiones artísticas del proceso de descomposición política, social y moral que se produjo con el tránsito del viejo *liberalismo patriarcal* (3) al nuevo liberalismo burgués. En el cuento *Don Quijote se va* ofrece Gagini, según Valdeperas, “la mejor elaboración estética de los problemas que ha traído consigo la transición de la vieja sociedad patriarcal costarricense al capitalismo liberal de libre concurrencia” (4). En este relato, Gagini ponía en labios de Don Quijote criollo la más clara y vibrante exposición de los síntomas que señalaron la sustitución de los “caballeros” patriarcales de antaño, por los “mercaderes” burgueses de hogaño:

“Honradez, honor, equidad, patriotismo, compasión, abnegación y nobleza son palabras anticuadas o vacías de sentido en nuestra lengua. Sabios, artistas, héroes y santos se llaman hoy desequilibrados o majaderos; quien defiende al débil contra el fuerte, es un loco entrometido; quien no exprime a los demás en provecho propio, es un tonto. . .

Los caballeros de antaño tenían un Dios, una patria y una dama; los mercaderes de hoy no tienen más Dios que el dinero, más patria que el mostrador ni más dama que la bolsa . . . Mi reinado ya pasó: ahora comienza el de Sancho” (5).

Las simpatías del narrador se identifican obviamente con las preocupaciones altruistas e idealistas de los quijotescos caballeros de antaño, y no con el positivismo utilitario y rastrero de los mezquinos mercaderes de hogaño. *La bruja de Miramar*, según Valdeperas, “muestra en un desarrollo admirable el arribismo y la mezquindad del naciente pequeño burgués tico” (6). Este corto relato expresó, en admirable síntesis, una compleja imagen del proceso de deshumanización y desfiguración moral que tenía lugar con el tránsito de las relaciones familiares patriarcales a las relaciones de cambio mercantiles.

3) En el libro *La formación de la narrativa nacional costarricense* (Ed. Universidad de Costa Rica, 1986), tratamos de demostrar que, por una serie de razones históricas, el liberalismo costarricense no siempre coincidió con los postulados del liberalismo clásico; sino que era el producto de una amalgama entre ciertas concepciones patriarcales o paternalistas, y otras propiamente liberales burguesas. Para un análisis más amplio de este *liberalismo patriarcal* y de los hechos históricos que le dieron origen, remitimos al lector a la obra antes mencionada.

4) Valdeperas, p. 37.

5) Gagini (1) p. 70. Subrayado del original.

6) Valdeperas, p. 37.

Los diversos códigos que rigen esa transformación, aparecen claramente expresados en las relaciones y el comportamiento de la Tía Mónica y su hijo Jorge. En este último, los sentimientos y lazos humanos que atan las relaciones familiares patriarcales, se ven sustituidos por el cálculo utilitario y el pragmatismo egoísta que acompañan la conversión de las relaciones humanas en transacciones mercantiles. Jorge transforma las relaciones familiares (el amor filial o el amor materno) en valores de cambio, cuya función natural o humana se anula, para convertirse en un medio de satisfacer sus ambiciones económico-sociales. Esta sustitución de los valores y prácticas patriarcales por prácticas mercantiles, va acompañada en el relato de un proceso homólogo de degradación moral y humana. Las ambiciones burguesas de Jorge, su avidez por el éxito económico-social, lo convierten en un “hijo desnaturalizado”, capaz de sacrificar e inmolar a su propia madre en aras de su ascenso mundano.

Pero, por otra parte, la fidelidad de la Tía Mónica a los valores patriarcales (el amor materno, la abnegación, la mansedumbre) sólo conducen a un proceso aparentemente opuesto al de su hijo, pero igualmente destructor. Si el hijo, mediante una especie de transacción moral, se “desnaturaliza” para conseguir la prosperidad; la madre paga con su existencia material su apego a los valores humanos. El amor incondicional de la Tía Mónica, en un mundo cegado por los prejuicios y las apariencias mercantiles, sólo le atraen el repudio de la sociedad y de su propio hijo; sólo conducen a la soledad y el desamparo, a la miseria y la muerte. La imagen de la realidad que ofrece este cuento es, pues, la imagen de un mundo en proceso de transición, regido por dos códigos morales opuestos y contradictorios: la fidelidad a los valores y sentimientos humanos sólo lleva a la destrucción, mientras que para sobrevivir y prosperar es necesario deshumanizarse. Es obvio, sin embargo, que las simpatías del narrador se inclinan hacia el código “idealista” de la madre, y no hacia el código “positivista y liberal” del hijo.

O sea, que la posición ideológica de Gagini en estas dos obras, no responde ni a un estricto “materialismo positivista”, ni a un completo “idealismo”. Para colgarle una etiqueta adecuada habría que recurrir a una mezcla insólita de conceptos contradictorios. Su posición responde a un “positivismo idealista” que, como el “liberalismo patriarcal”, pretende conjugar la defensa “liberal” y “positivista” del “progreso” burgués, con la defensa idealista y caballeresca de ciertas “tradiciones humanistas” patriarcales.

2. Por otra parte, el “idealismo” de Rodó tampoco se contraopone tajantemente al positivismo, sino a lo que Rodó consideraba una cierta deformación suya: el utilitarismo pragmático: “A la concepción de la vida racional que se funda en el libre y armonioso desenvolvimiento de nuestra naturaleza —escribía en *Ariel*— . . . se opone —como norma de la conducta humana— la concepción *utilitaria*, por la cual nuestra actividad, toda entera, se orienta en relación a la inme-

diata finalidad del interés” (7). El propio Rodó señaló claramente su deuda con el positivismo, así como el lazo que ligaba su pensamiento al de sus progenitores positivistas, y que lo separaba del “idealismo romántico” de “nuestros abuelos”:

“Nuestro idealismo no se parece al idealismo de nuestros abuelos . . . La iniciación positivista dejó en nosotros, para lo especulativo como para lo de la práctica y la acción, su potente sentido de relatividad; la justa consideración de las realidades terrenas; la vigilancia e insistencia del espíritu crítico; la desconfianza para las afirmaciones absolutas; . . . el desdén de la intención ilusa, del arrebato estéril, de la vana anticipación. Somos los neo-idealistas . . . ” (8).

Su crítica al positivismo, se dirige más bien contra el empobrecimiento de esa corriente en nuestra América hacia finales de siglo; su conversión en apología ideológica del mercantilismo egoísta y utilitario de una nueva oligarquía aburguesada y apátrida:

“En lo tocante a la acción y al gobierno de la vida (ese positivismo) llevaba a una exclusiva consideración de los intereses materiales; a un concepto rebajado y mísero del destino humano; al menosprecio; o la falsa comprensión, de toda actividad desinteresada y libre; a la indiferencia por todo cuanto ultrapasara los límites de la finalidad inmediata que se resume en los términos de lo práctico y lo útil (. . .) Comenzaba en estas sociedades el impulso de engrandecimiento material y económico, y como sugestión de él, la pasión de bienestar y riqueza, con su cortejo de frivolidad sensual y de cinismo epicúreo; la avidez de oro . . . la audacia de la especulación aventurera. Eran los años en que las líneas enérgicas y airosas de la tradicional personalidad colectiva empezaban a esfumarse, veladas por un cosmopolitismo incoloro, y en que, en medio de la confusión de todo orden de prestigios y valores sociales, se apresuraba la formación de una burguesía adinerada y colecticia, sin sentimiento patrio, ni delicadeza moral, ni altivez, ni gusto. El gran Sarmiento, que alcanzó en su titánica vejez el despuntar de esos tiempos, los llamó la época cartaginesa. En semejante disposición de las conciencias y las cosas . . . una corriente de ideas . . . no podía menos de empobrecerse y de extremarse en sentido utilitario y terre à terre; y no fue otro, en efecto, el carácter de nuestro positivismo” (9).

3. En Gagini como en Rodó, las preocupaciones filosóficas se traducen final-

7) Rodó (1) p. 58-59.

8) Rodó (2) p. 112.

9) Ibid. p. 110-111. Subrayado del original.

mente en una inquieta reflexión histórica sobre el destino de la América Latina: es aquí donde se debe buscar la confluencia entre el pensamiento de Gagini y el de Rodó, entre el *Ariel* y las novelas antiimperialistas de Gagini. Esas ideas y esas obras vienen a representar respuestas parecidas a una misma experiencia histórica, que Alberto Zum Felde resumió de esta manera:

“Grave crisis histórica experimenta la conciencia de los países latinoamericanos, al entrar en el nuevo siglo . . . El contraste entre el enorme desarrollo del Norte y el enorme atraso del Sur, es demasiado grande y terrible . . . Civilizarse es sinónimo de norteamericanizarse; y tanto más que, no sólo aquí, sino en la misma Europa, se proclama la superioridad de la cultura anglo-sajona sobre la latina . . . Es frente a tal depresivo estado de ánimo que aparece Ariel, afirmando los valores tradicionales del humanismo renacentista, en oposición a la imperiosa soberanía del utilitarismo anglo-sajón, a la supremacía del progreso técnico, del enriquecimiento, del poderío” (10).

Rodó y Gagini vienen a representar, a nuestro parecer, los dos extremos de una misma posición. Sus actitudes responden a la posición ambigua de nuestra oligarquía liberal ante aquella experiencia histórica; ante la desintegración de las antiguas tradiciones patriarcales, por una parte, y ante las consecuencias que traía, por otra, el crecimiento de las relaciones mercantiles capitalistas: la descomposición socio-moral interna, y la amenaza de dominio externo, al convertirse el país en un apéndice pobre y dependiente del mercado internacional.

Rodó pone énfasis en cómo la degeneración del liberalismo positivista, que lleva a la apología indiscriminada del mercantilismo y el utilitarismo, conduce finalmente a la entrega del país en manos del imperialismo capitalista. “Hoy se diría —afirma Juan Durán Luzio— que el ensayista advirtió que el practicismo era la puerta por la cual ingresaría en ‘nuestra América’ una nueva era de dependencia cultural y, sobre todo, económica; Rodó presentía que se acercaba un período neocolonial” (11). Gagini, por otra parte, en su opúsculo *La ciencia y la metafísica* puso énfasis en cómo la “vida ociosa y contemplativa”, el desprecio por

10) Cit. en Durán (1), p. 114-115.

11) Durán (1), p. 115. En el *Ariel*, Rodó afirmaba: “Es así como la visión de una América **deslatinizada** por propia voluntad, sin la extorsión de la conquista, y regenerada luego a imagen y semejanza del arquetipo del Norte, flota ya sobre los sueños de muchos sinceros interesados por nuestro porvenir, inspira la fruición con que ellos formulan a cada paso los más sugestivos paralelos, y se manifiestan por constantes propósitos de innovación y de reforma. Tenemos nuestra **nordomanía**. Es necesario oponerle los límites que la razón y el sentimiento señalan de consumo” (Rodó (1) p. 88).

las “realidades positivas” o por el conocimiento “objetivo”, llevan a un debilitamiento “de las energías físicas y morales” (12) de nuestros países.

“En estos países nuevos y tan escasamente poblados no se dirige la atención de la juventud hacia el aprovechamiento de las riquezas naturales a fin de que nuestras repúblicas se basten a sí mismas; por el contrario, se le educa para las profesiones liberales parasitarias y para las artes, y de ahí ese innumerable ejército de leguleyos, politicastros, poetas chirles, periodistas y oradores, verdadera plaga de la América Española y causa principal de su escaso progreso (. . .) Cuando nuestra juventud encuentre placer en la investigación laboriosa, en el trabajo activo; cuando conozca la historia natural del hombre y su papel en la tierra; cuando dedique menos tiempo a la especulación estéril y más a la experimentación; cuando su educación sea más sólida que aparatosa, menos idealista y más práctica, se inaugurará en estas repúblicas una era de bienestar y de no interrumpido progreso” (13).

El propio Gagini, sin embargo, se ocupa de hacer una clara separación entre el auténtico conocimiento científico, el del “grupo de hombres silenciosos y modestos que trabajan incansablemente en sus laboratorios por el bien de los demás” (14) —conocimiento que cumple para él una función de regeneramiento social y moral—; y el materialismo mercantilista y utilitario, que sólo persigue la satisfacción egoísta de apetitos mezquinos y “groseros”, cuando “la mente humana gira en el estrecho círculo de la utilidad sin remontarse a regiones superiores” (15). Así, escribe:

“Una cosa es el materialismo científico profesado por multitud de hombres célebres de conducta intachable, y otra el materialismo moral que nace precisamente de lo contrario, esto es, de la falta de toda cultura y del imperio absoluto de los apetitos groseros. . . La ciencia reserva a los que la estudian un placer tan puro e intenso como el del arte: éste educa la sensibilidad y el gusto, contribuyendo indirectamente al progreso moral; pero aquélla impulsa el progreso general, contribuyendo directamente al mejoramiento moral y material de las sociedades e individuos” (16).

12) Gagini (2) p. 23.

13) Ibid. p. 57-58.

14) Ibid. p. 52.

15) Ibidem.

16) Ibid. p. 51-52.

4. Gagini y Rodó comprendieron que, dadas las circunstancias históricas latinoamericanas, tanto el "idealismo romántico" como el "positivismo utilitario" conducirían inevitablemente a la entrega solapada de nuestros países en manos de los mercaderes imperialistas. Los vestigios de "positivismo", "materialismo" o "idealismo", que se entremezclan en el pensamiento de esos dos autores, no son más que indicios del esfuerzo por explicar con una lógica ajena (la lógica del pensamiento y la historia europeos) una realidad inédita y contradictoria. Ni el "idealismo", ni el "materialismo positivista", eran concepciones capaces de acceder a una comprensión dialéctica de la historia, que ubicara en su lugar adecuado la importancia de los complejos factores (económicos, sociales, políticos e ideológicos) que determinaron las relaciones entre el capitalismo dependiente latinoamericano y el naciente imperialismo norteamericano. Es en ese esfuerzo donde debe buscarse la coincidencia entre el discurso narrativo de Gagini en *El árbol enfermo* o *La caída del águila*, y el discurso ensayístico de Rodó en *Ariel*.

Ambos conciben las relaciones entre Latinoamérica y los Estados Unidos como un enfrentamiento entre dos "razas": la anglosajona y la latina, y a cada una de ellas atribuyen ciertos rasgos culturales ingénitos o hereditarios. La raza sajona aparece como la portadora del mercantilismo burgués y los valores de cambio: enérgica y emprendedora, pero egoísta, calculadora y utilitaria; ajena a toda consideración que no redunde en el provecho o la ganancia personal e inmediata. A la raza latina se le asignan características típicas de ciertos valores o relaciones patriarcales: nobleza, lealtad, altruismo; pero también cierta molición ociosa y parasitaria, cierta apatía y estulticia, que la convierten en una raza débil y enfermiza, sujeta por su debilidad a ser fácilmente conquistada por los intrépidos empresarios yanquis. No es difícil ver en estos planteamientos ideológicos la transposición, en términos idealistas y mecanicistas, de las contradicciones y límites de nuestro liberalismo patriarcal; el desgarramiento entre sus tendencias contradictorias, que se ve agudizado en estas dos primeras décadas del siglo por el peligro creciente de la "absorción" extranjera (17).

17) No es difícil ver en las preocupaciones antiimperialistas de *Ariel*, publicado en 1900, una respuesta a las consecuencias de la guerra por la liberación de las últimas colonias españolas, que terminó con su ocupación solapada por parte de los Estados Unidos. Algo semejante se podría señalar con respecto a las novelas de Gagini. Cuando se publicó *El árbol enfermo* en 1918, Puerto Rico, Cuba, Nicaragua, Haití y Santo Domingo eran territorios ocupados por el ejército de los Estados Unidos. Costa Rica, por otra parte, se encontraba bajo el efecto de los complejos factores que llevaron al golpe de estado y la dictadura de Tinoco: la alianza entre la oligarquía criolla y los mercaderes extranjeros del petróleo y del banano, contra la política reformista y nacionalista de González Flores; y la intervención abierta de Woodrow Wilson en la política interna de Costa Rica. (Sobre estos últimos hechos, consultar especialmente: *El petróleo y la política de Costa Rica* de Alfredo González Flores, *El año funesto y la traición del 27 de enero de 1917* de Jorge Volio, *Tinoco y los Estados Unidos* de Hugo Murillo).

Así, la fórmula de regeneración patriótica, en la que coinciden ambos pensadores, consiste en la búsqueda de una armonía entre las "tradiciones" latino-patriarcales y el "progreso" capitalista; un equilibrio entre el "caballero" humanista y el "empresario" burgués. El propósito de esa armonía y equilibrio es el de evitar, tanto la molicie y la estulticia de unos, como el utilitarismo grosero y *terre à terre* de los otros; e iniciar la búsqueda de una fórmula original y equilibrada de desarrollo autóctono, así en lo material como en lo espiritual.

Lo que diferencia a Gagini de Rodó es un cambio de énfasis en la búsqueda de ese equilibrio. Rodó asigna un mayor énfasis a la crítica del utilitarismo burgués, y otorga mayor importancia a la defensa de las "tradiciones" latinas: de aquí precisamente su "idealismo" (18). En el "positivista" Gagini, por lo contrario, el énfasis crítico recae sobre la apatía indolente y mórbida de la "raza latina", que facilita su seducción por los placeres, el lujo y el dinero que introducen los empresarios yanquis (19). En ambos, sin embargo, el ideal es el mismo: un equilibrio entre la "tradicición" y el "progreso"; entre el "caballero" humanista y el "empresario" capitalista. Rodó expresó su ideal del humanismo latinoamericano en la imagen de Ariel; Gagini expresó su ideal de hombre latinoamericano en las figuras de Fernando Rodríguez (*El árbol enfermo*) y, sobre todo, Roberto Mora (*La caída del águila*). En ellos se aúnan el hombre de empresa con el caballero humanista y patriota; una mentalidad científica y "positiva" con la lucha por la justicia y la libertad de los seres desvalidos o los pueblos sojuzgados.

18) "Rodó se empeña en una lucha contra el rastrero utilitarismo burgués, su mercantilismo mezquino, su inhumanidad; es decir contra todo lo que él consideraba los rasgos definitorios de la vida social en los Estados Unidos. Por el contrario, América Latina, consideraba Rodó, se orienta hacia los ideales del espíritu; su cultura, con raíces en el suelo ibérico, se basa en los principios del humanismo. Rodó proclama como principal fuerza impulsora del desarrollo histórico de la América Latina, el impulso espiritual ausente en la vida norteamericana" (Kuteishnikova, 80-81).

19) Ver, por ejemplo, las afirmaciones de Mr. Ward en *El árbol enfermo*: "Consciente de su misión, mi pueblo se ha educado siempre para la vida activa, para luchar con la naturaleza, vencerla y arrancarle los tesoros que ha de aprovechar después la humanidad entera (. . .) En cambio, en varios países hispanoamericanos que he recorrido . . . la juventud rehúye todo lo que supone esfuerzo, mira con repugnancia la agricultura y la industria . . . Mientras no se aparte a la juventud de la senda de los pasatiempos agradables pero estériles, para llevarla por el áspero camino del trabajo es inútil pensar en el progreso (. . .) Estas comarcas inexplotadas brindan ancho campo a las iniciativas de mi raza y están llamadas a ser con el tiempo el asiento de vastas empresas industriales. ¿Qué tiene de extraño, pues, que los americanos nos preocupemos de conocer a fondo el teatro de nuestros futuros negocios?" (Gagini (3) pp. 61 y 44). En el mismo sentido se manifiesta Mr. Adams en *La caída del águila*: "Es preciso que las leyes históricas se cumplan con la exactitud de las físicas, y que los pueblos degenerados, indignos de habitar estos ricos territorios, cedan el puesto a una raza más sana, más fuerte y emprendedora" (Gagini (4) p. 30).

5. No se debe menospreciar la capacidad de estos autores para percibir algunos rasgos fundamentales de la crisis histórica que enfrentaba nuestra América en los inicios de este siglo; ni su sinceridad y honestidad personales al encarar su época e intentar resolver los problemas que planteaba. Sus concepciones idealistas y mecanicistas, no obstante, hacen que la exposición que ellos ofrecen de esos problemas, parezca más rica y sugestiva que la solución que ellos mismos sugieren.

Sus planteamientos ideológicos, al ignorar la complejidad de los factores históricos que intervenían en el proceso, ofrecieron un enfoque restringido y simplista de la cuestión y de las posibles soluciones. Para Rodó y Gagini —como también para Máximo Soto Hall en su novela *El problema* (20)— la “absorción imperialista” fue concebida más como un asunto cultural y moral, que debían enfrentar y resolver la oligarquía y los intelectuales, que como un problema generado por el sistema de relaciones económicas, sociales y políticas del moderno imperialismo capitalista. De aquí su ingenua interpretación de la “absorción imperialista” como producto del enfrentamiento entre dos “razas” o “culturas”: entre la “América Sajona” y la “América Latina”. Concepción que en muchos aspectos, como lo señala Durán Luzio, habría de convertir su defensa de las tradiciones nacionales latinoamericanas, en defensa desubicada y anacrónica de “la tradición humanista greco-latina”; y su sentimiento nacionalista, en un europeísmo solapado (21).

De aquí también el ingenuo énfasis de ambos pensadores en la educación y la cultura, como panaceas capaces de infundir en la inteligencia y el ánimo de los dirigentes latinoamericanos, el respeto por las tradiciones nacionales, el amor al progreso, y el repudio al utilitarismo mercantilista y *terre à terre*. De aquí, finalmente, cierto aristocrático elitismo común a los planteamientos de Rodó y Gagini (como también de Soto Hall), que les impidió comprender cómo la solución de *el problema* ya no estaba en manos de las oligarquías nacionales —cada vez

20) Para una comparación entre *El problema* y las novelas de Gagini, ver: “Los Estados Unidos versus Hispanoamérica: en torno a la novela del 98” de Juan Durán Luzio.

21) Ver: Durán (1), p. 121 y sig. Una posición muy distinta manifiesta a este respecto José Martí. En *Nuestra América*, el cubano afirmaba: “La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquía en Francia . . . El buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país . . . El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país” (Martí, T. I. p. 309-310).

mejor dispuestas a vender su patria para proteger o incrementar privilegios y negocios— sino que coincidían con las aspiraciones y luchas incipientes de los grupos populares. Esto último había comenzado ya a comprenderlo, en Costa Rica, una nueva generación de jóvenes radicales, que incluía a García Monge, Omar Dengo, José M. (Billo) Zeledón, Carmen Lyra o Jorge Volio, entre otros. Bajo el influjo de las ideas “ácratas” o anarquistas, los primeros fundaron en 1912 el *Centro Germinal* y llamaron a celebrar el día de los trabajadores el 1º de mayo de 1913 (22). En una conferencia pronunciada con motivo de esa celebración, el joven García Monge sostenía ya una posición ideológica que difiere notablemente de la posición que mantenía Gagini en sus novelas: “En estas rapiñas internacionales, en esta desproporción injusta que hacen los fuertes del territorio de los débiles —expresaba García Monge— no es la conciencia obrera la que los autoriza o en ellos participa, sino la codicia sin límites de los capitalistas propios y extraños que de lacayos le sirven” (23).

En resumen:

- 1) La mezcla de un cierto “positivismo” con un cierto “idealismo” en la obra de Gagini, no es exclusiva de sus novelas “nacionalistas y antiimperialistas”, sino que forma parte esencial de su pensamiento y de toda su obra literaria. Por otro lado, el “idealismo” de Rodó tampoco es ajeno a la influencia de un cierto “positivismo”, según lo confiesa el propio ensayista.
- 2) La mezcla de “positivismo” con “idealismo” en la obra de ambos autores, responde a un esfuerzo por comprender, con ideologías nacidas de la experiencia histórica europea, una experiencia histórica distinta, e irreductible a esas ideologías en su estado puro. El punto donde confluyen las reflexiones de ambos es el intento de explicar y superar, la encrucijada histórica en que se encontraba la América Latina hacia principios de siglo: su incapacidad para forjarse un proyecto histórico de desarrollo nacional, y la amenaza creciente de dominio por parte del imperialismo norteamericano.
- 3) Los planteamientos de Rodó y de Gagini, no sólo constituyen una fiel expresión de las concepciones ideológicas de ciertos grupos de intelectuales —ligados a la vieja oligarquía— que trataron de explicarse (y de resolver a su manera) el fenómeno de la “absorción” imperialista; también reflejan, al mismo tiempo, las limitaciones de esa ideología, y la crisis inevitable del dominio oligárquico.

22) Sobre esto ver: *Artisanos y obreros costarricenses de Mario Oliva y Los mártires de Chicago y el 1º de mayo de 1913 de Vladimir de la Cruz.*

23) García Monge, p. 245.

BIBLIOGRAFIA

- Bonilla Abelardo, *Historia de la literatura costarricense*, Ed. Costa Rica, San José, 1967.
- De la Cruz Vladimir, *Los mártires de Chicago y el 1º de mayo de 1913*, Ed. Costa Rica, San José, 1985.
- Durán Luzio Juan, (1) *Creación y utopía. Letras de Hispanoamérica*, EUNA, Heredia, 1979.
 (2) "Los Estados Unidos versus Hispanoamérica: en torno a la novela del 98"
 en: Casa de las Américas, La Habana, año XXVI, N° 153, 1985, p. 121.
- Gagini Carlos, (1) *Cuentos y otras prosas*, Lehmann, San José, 1971.
 (2) *La ciencia y la metafísica*, Imp. Falcó y Borrasé, San José, 1918.
 (3) *El árbol enfermo*, Ed. Costa Rica, San José, 1979 (10 ed.).
 (4) *La caída del águila*, Ed. Costa Rica, San José, 1978 (2 ed.).
- García Monge, Joaquín, *Obras escogidas*, EDUCA, San José, 1974.
- González Flores Alfredo, *Su pensamiento*, Ed. Costa Rica, San José, 1985.
- Kuteishikova Vera, "Istoriko-kulturnaya samobytnost Latinskoi Ameriki: idea i eyo evolutsia", en: *Voprosy Literatury*, Moscú, N° 1, 1978, p. 74.
- Martí José, *Antología mínima*, 2 tomos, La Habana, 1972.
- Murillo Jiménez Hugo, *Tinoco y los Estados Unidos*, EUNED, San José, 1981.
- Oliva Mario, *Artisanos y obreros costarricenses*, Ed. Costa Rica, San José, 1985.
- Quesada Soto Alvaro, *La formación de la narrativa nacional costarricense*, Ed. Universidad de Costa Rica, San José, 1986.
- Rodó José Enrique, (1) *Ariel*, Editora del Plata, Buenos Aires, 1947.
 (2) *La América nuestra*, Casa de las Américas, La Habana, 1977.
- Soto Hall Máximo, *El problema*, Imp. Española, San José, 1899.
- Ureña Mora María Cecilia, "El árbol enfermo" (algunos elementos básicos de su estructura), Tesis de Licenciatura, U. C. R., 1976.
- Valdeperas Jorge, *Para una nueva interpretación de la literatura costarricense*, Ed. Costa Rica, San José, 1979.
- Volio Jorge, *El año funesto y la traición del 27 de enero de 1917 (Panamá, 1918)*.